

APUNTES

PARA LA HISTORIA DE LA FLORIDA.



HUEGO vuelto Hernando Soto del Perú, solicitó del emperador Carlos V la conquista de la Florida, llamada de esta manera por haber sido descubierta en el día de pascua florida. Ya antes de Soto habian muchos tenido igual pretension sin alcanzar nada del soberano. Este que confiaba en el valor y pericia de Hernando, no dudó un punto en darle lo que pretendia, y algo mas, pues le dió dinero para llevar á cabo su empresa, mandó que le fuesen aprestados los buques que pidiese, y le hizo por último gobernador de la isla de Cuba.

Hernando, sea porque esperase una buena fortuna en el descubrimiento y conquista que emprendió, sea solo por ganar la misma que Cortés, á quien intentaba igualar y cuyo estímulo le animaba, empleó todo su dinero cuanto del Perú habia llevado á la Península, en la nueva expedición. Este hecho que al parecer nada tenia de extraño, influyó mucho en la empresa y vino á darle un impulso verdaderamente grande. Todos cuantos en el Perú se habian hallado, imitaron la conducta de Soto y como él sacrificaron las riquezas que poseian, y así de este modo en poco tiempo se hallaban reunidos en San Lúcas de Barraemda, lugar destinado para la partida, novecientos hombres que se embarcaron en nueve navios.

Antes de Soto, poco tiempo hacia, emprendieron unos religiosos reducir á los indios florintinos por la predicación evangélica, creyendo mas seguro y fácil esto que el uso para tal caso de las armas. En efecto, dispusieron su partida y entraron con buen éxito en aquellas tierras dando principio á su mision, mas apenas hubieron comenzado y sospechando los indigenas que se les urdia alguna trama ó sin sospechar cosa alguna, enemigos como eran de-

clarados de la raza que los habia perseguido, les dieron muerte á todos los religiosos que eran muchos los que allí habian ido. Con esto ya no se pensó en otra expedición semejante sino en una fuerte; mas como hemos dicho, hasta Hernando Soto ninguno habia alcanzado la gracia de llevarla á cabo de cuantos la habian solicitado del soberano, y los que sin ella lo habian hecho ó querido hacer, habian visto sus esperanzas siempre burladas.

Partió, pues, Soto, con vientos varios en nueve navios, algunas de las cuales iban destinadas á la Nueva-España; mas todas ellas sujetas á Hernando que las mandaba, hasta la isla de Cuba donde debian separarse. Grandes contratiempos sufrió la armada en el viaje, hijos de las desavenencias suscitadas entre los gefes que á cada momento se descomponian por al tercados ligeros que entre ellos pasaban. Desde Cuba fué ya mas feliz la navegacion, caminando ya solo Soto con los suyos; allí engrosó sus filas é hizo mas temible su expedición. Cuando al fin arribó á las costas de la Florida no desembarcó luego en ellas, sino hasta hallarse seguro en sus medidas para afianzar un buen éxito.

En efecto, desembarcaron los expedicionarios, y bien ordenados caminaron un buen trecho internándose largo espacio en aquellas regiones. Encuentros diversos y muy repetidos tuvieron con los indigenas, descalabros recios padecieron é hicieron padecer á sus adversarios, ataques mas ó menos felices resistieron, y el resultado de su empresa no fué, si bien mas avanzado y menos temerario, mejor que el de los expedicionarios que antes de estos habian venido. Pasados algunos meses terminó la expedición desesperados los que la componian de alcanzar el fin de sus tareas y obtener el premio de sus afanes. Habian sacrificado to-

los los tesoros que el Perú les dió juzgando ganar con usura en la Florida; Soto, singularmente, á quien si no la esperanza del tesoro al menos la de ganar honra y prez, le hizo emplear su inmensa fortuna en la empresa. Pero era árdua aunque nadie la habia creído tanto y estaba reservada al tiempo posterior: así que, solo pudo gloriarse Hernando de haberla llevado hasta donde ninguno lo habia hecho hasta entonces, pero su gloria no por eso llegó á igualar como queria á la de Cortés.

Hernando Soto, pues, abandonó su empresa desconfiando de poderle dar un feliz fin, si bien alguno asegura que si no la terminó fué solo efecto de haber perdido la gente que le acompañaba, mas no porque él desesperase de su intento. Algunos otros acometieron aun despues la misma empresa, pero sus expediciones fueron tan insignificantes que apenas merecen mencionarse; así que, la historia no recuerda sus hazañas. Las largas y continuas vicisitudes á que la Florida ha estado expuesta que constantemente ha sufrido, son tales, que acerca de ellas habria mucho que decir, es materia muy vasta para circunscribirla á limites estrechos, quizá adelante diremos algo de ellas, mas ahora contentémonos con enunciar que poco á poco al fin fué sometiéndose al yugo extranjero, que la vecindad de paises conquistados por ingleses y franceses, las tribus bárbaras que no sujetó el gobierno español la hicieron sufrir diferentes alternativas y hacian es- temecer á sus habitantes por el furor de la guerra que incesantemente los amenazaba. Este pais, pues, para cuya conquista fueron

necesarios muchos años, grandes esfuerzos, la muerte de infinidad de guerreros y de intrépidos caudillos, y consumir ademas gran porcion de dinero, vino despues de cerca de tres siglos á ser del déspota de los déspotas, de que subyugó la Europa entera y privó á su patria de la libertad. Este mismo pais es el que ahora con el propio nombre forma uno de los estados de nuestra colosal vecina la república de Norte América.

SONETO.

Partes ¡oh Laura! La volante rueda
El surco traza en el arena fria;
Y cuanto corre mas, mas te desvia
Del triste amante que en ausencia queda.

No el tiempo, edad, ni la distancia pueda
A nuestro ardiente amor torcer la via:
Aunque al roce continuo de onda impia
La roca, orillas del torrente, ceda.

No! que el humano orgullo, el cielo mismo
En vano á dividirnos conspiraran
Con barrera social ú horrible abismo!

Si tal vez nuestras almas se separan
Es para amarse mas; y en un momento
Salva tiempo y distancia el pensamiento.
C. C.



LA VISION
DE
MOCTEZUMA.

LEYENDA.

Señores Don Antonio y Don Luis Martinez de Castro.

Casa de vdes., Marzo 3.—1842.

En un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, habia, entre varias leyendas, la que á continuacion copio. Una nota decia que era traduccion del mexicano, y que el original estaba en verso y prosa como la version. Yo no creo esto, y sí que es obra de dos manos, y aun de tres, pues los epígrafes, como fácilmente se vé, han sido puestos de pocos años á esta parte. Algunos amigos míos creen que la leyenda, sin epígrafe ninguno, fué escrita hace lo menos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debia de tener los sesos muy en su lugar.—Como quiera que sea, en muestra de cariño, y mas bien como una antigualla que como obra de poesía, dignense vdes. admitirla, así como el afecto de su sincero amigo.

Ygnacio Rodriguez Galván.



LA

Vision de Moctezuma.

LEYENDA.

Hay un imperio que gastado cae
que harán polvo los cascos del bridon
S. Bermúdez de Castro.

PASO PRIMERO.

EL TRIBUTO.

I Franchi!—Fuggiamo!
Manzoni.

y sus brazos, descarnados,
desnudos, secos y yertos.

En viva meditacion
sumergida está su idea;
y contra el pecho golpea
su ya tibio corazon.

Del indio á la dura suerte
busca en su mente remedio;
y conoce que no hay medio
entre el tirano y la muerte.

Moctezuma es solo dueño
de cuanto México encierra:
suya la vida, la tierra
y hasta el grano mas pequeño.

La vieja en tanto sufrir
vencida es por el dolor;
y sus labios sin color
profieren: „¡Morir! ¡morir!”

Oyese el remo liviano
de una canoa sonar.
¿Cómo poderlo dudar?
¡Son esbirros del tirano!

„¡Teyolia! ¡Teyolia!—llega
de esclavos cuadrilla impia!
Ven! huyamos, hija mia!”
Dice la muger, y ciega

Por el temor, se levanta,
y va á correr—¡tarde es ya!
cerca la cuadrilla está. . . .
Se yela su tosca planta.

Su faz se cubre de luto;
hablar quiere y enmudece;
y solo á señas parece
decir: „¿Qué quereis?“—„Tributo.“

—„¿Tributo en tal indigencia!
Soy una infeliz muger.“
—„Nada tenemos que ver.“
—„¡Clemencia, señor, clemencia!“

—„Neliztli, el tributo danos,
ó morir será tu suerte.“
—„¡Ah, señor!“—„Tributo ó muerte.“
„¡Perdon!“—„¡El tributo! ¡vamos!“

Postrada la vieja está,
y se retuerce las manos,
y gime—¡gemidos vanos!
pues nada conseguirá.

Oye injuria tras de injuria,
y siente un golpe de muerte,
y sangre á raudales vierte,
y es arrastrada con furia.

Pero á sus gritos agudos
nadie viene á socorrerla.
Los hombres pasan, al verla,
medrosos, rápidos, mudos.

„¡Teyolia! muero á la saña
desta cuadrilla feroz.“
„¡Madre!“ responde una voz
del fondo de la cabaña.

PASO SEGUNDO.

EL EMPERADOR.

Esclavos, padeced!

S. Bermúdez de Castro.

Teyolia aparece luego
de la cabaña á la puerta,
y á la furiosa cuadrilla
se precipita violenta.

—Ligero talle tenia,
cintura airosa y esvelta,
grandes y vivaces ojos,
faz entre blanca y morena.

Sobre su desnuda espalda
y su seno de doncella
vagaba suelta y sin orden
la su negra cabellera.

Graciosos eran sus labios,
su frente elevada y tersa;
y en su mirar humilde
se pintaba su modestia.

Mas en su faz se veia
estraña y confusa mezcla
de lánguido encogimiento
y de elevada altiveza,

Que mostraban que sentia
el peso de su miseria
y el valor que da á las almas
la virtud y la inocencia:

Su cuerpo á medias cubria
vestido de burda tela,
bordado con anchas plumas
y conchas y azules piedras:—

De piedras los brazaletes,
y de piedras las pulseras;
y con el viento ondeaban
dos plumas en su cabeza.

—Esta beldad merecia
vivir en rica opulencia,
que verla tan infelice
daba compasion y pena.

Mas la fortuna traidora
prodiga al necio riquezas,
y al mérito lo sepulta
en abandono y miseria.

Atónitos los sayones
la ven salir á la puerta,
y dudan si es ente humano
ó vision celeste y bella.

La jóven rápida corre,
alza del suelo á la vieja,
y „Vamos de aqui!“ le grita
con fuerte voz y resuelta.

Pero vueltos de su pasmo
los hombres, las atropellan,
y con la anciana y la jóven
dan furibundos en tierra.

Las infelices al viento
lanzan penetrantes quejas,
y su furia los verdugos
mas y mas en ellas ceban.—

Barbarie digna de brutos!
de brutos maldad horrenda!
¿Por qué los hombres á veces
iguales son á las bestias?

Oyese música dulce
y armoniosa cantilena,
y los remos, que las aguas
y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos
contrastan con esta escena:
así junto á nube oscura
cintila brillante estrella.

Surcan las movibles aguas
varias canoas ligeras,
de flores, plumas y pieles
y pabellones cubiertas

Una mas grande, adornada
con mas esmero y riqueza,
en medio viene, cargando
de mugeres turba inmensa.

Tocan unas, cantan otras,
y las mas la planta bella
mueven en danza festiva
con mil mudanzas y muecas.

El corazon, al mirarlas,
palpita de amor, se alegra,
y en una mar de ilusiones
inquieta el alma navega.

Mas no así el hombre que solo,
en medio á tanta belleza,
recostado en almohadones
cavila en tristes ideas.

Indiferente parece
á la cortesana fiesta,
y sus amarillos ojos
pesadamente se cierran,

Su semblante palidece,
y luego una mano aprieta,
y trabajado respiro
de su pecho sale y entra.

¿Y qué es lo que allá en su mente
le mortifica y aqueja?
Ni él lo sabe.—En su alma habitan
tedio, cansancio, indolencia.

Es su existir como la hora
de la tarde soñolienta
en que se estlienden las sombras
por la entristecida esfera;

Y que en reedor pardos bultos
alcanza la vista apenas,
y visiones pavorosas
al corazon amedrentan.

—
Si muere con el yelo
la rozagante flor,

jamás, hijo del cielo,
sombra alguna reciba
tu brillante esplendor.

¡Viva!
¡Viva el emperador!

Tú, que eres rey de reyes,
absorbes nuestro amor.
En tí, que das las leyes,
de la natura estriba
el lozano verdor.

¡Viva!
¡Viva el emperador!

Tal es el bárbaro canto
de adulacion y bajeza
con que al tirano monarca
divierte la turba aquella.

Los sonidos armoniosos
á hondos gemidos se mezclan,
y la estraña consonancia
volando al monarca llega.

—„¿Quién dá esos gritos?“ pregunta.
—„Vienen, gran señor, de tierra.“
—„Boguen allá las canoas.“
Y bogan allá violentas.

Espectáculo inhumano
al monarca se presenta,
espectáculo que á un tigre,
á un mármol enterneciera.

Pero no así á Moctezuma;
el cual dice en voz bien recia:
„La jóven á mi palacio;
„dejad en paz á la vieja.“

Sigue el séquito su curso,
y continúa la fiesta.
Por los sayones infames
se ejecuta la sentencia.

Teyolia en una canoa
entristecida navega;
y la anciana desdichada
en tierra llorando queda.

Ya se mesa entre lamentos
la nevada cabellera,
ya tiende á su hija los brazos
y da con los pies en tierra.

„Oh rey! oh rey!“ ronca exclama.
Como loca se pasea,
y al cabo „¡Teyolia!“ grita,
y al lago salta resuelta.

Flota por unos momentos

en convulsiones horribas,
se sumerge y reaparece,
y las olas se la llevan.

PASO TERCERO.

TRANSFORMACION.

En su belleza descubro
Un esqueleto.

CALDERON.—*El magico prodigioso.*

Regio salon preséntase á mi vista,
cubierto de oro el techo y pavimento;
en las paredes de bruñidas piedras,
plumas, y conchas, y pintados lienzos.

Un hombre allá en el fondo se divisa,
de triste faz, meditabundo aspecto,
reposando asentado, y la cabeza
casi cargada en el desnudo pecho.

Tan divagado está, tan sumergido
en la alterada mar del pensamiento,
que no escuchá el crujir de puerta que abren,
ni ve que entra Teyolia á paso lento.

Se detiene la jóven.—su semblante,
por el temor, desencajado y muerto,
trémulo el pié, los ojos espantados,
las manos recogidas sobre el seno.

Desgreñada la negra cabellera,
el labio tembloroso y entreabierto,
dejando paso al lánguido respiro
que se desliza del llagado pecho.

Alza la vista el rey por aventura,
y la descubre, y la examina atento.
Treme Teyolia, de rodillas cae
en actitud de súplica y de miedo.

Y se levanta el rey, y la acaricia,
y lleno de bondad, la presta aliento,
y algo descubre en ella que le encanta,
y le deleita y le arrebató al cielo.

„Cese ya tu temor. Fortuna y dicha
esperándote están en el imperio.”
Dice el monarca con meloso tono;
mas la jóven no rompe su silencio.

„Perdida tú en el mar de la existencia.
abandonada flor en el desierto,
solo has visto la noche de la vida:
ya te espera la luz—yo te la ofrezco.”

„Mil bellezas envidian del monarca
una caricia, una palabra al menos,
yo el corazón te doy, te doy la vida,
yo, de los dioses desterrado nieto.”

Por un mágico impulso retrocede
Teyolia, y dice en lastimero acento:
„¡Oh rey! rey infeliz!”—y por su rostro
corre su llanto compasivo y tierno.

El monarca la sigue convulsivo,
y la toma de un brazo;—y con horrendo
alarido se aparta, que su mano
siente el ardor de encandecido hierro.

„¿Quién eres tú, pregunta, tú, que enciendes
en mis venas de amor el vivo fuego,
y que grato placer, y horror, y angustias
me inspiras, y terror á un mismo tiempo?”

Da un gemido la jóven.—Como sombra
se desvanece, y se la lleva el viento.
„¡Oh rey! ¡rey infeliz!” su voz pronuncia;
„¡Oh rey! ¡rey infeliz!” repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende
los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus o-
jos, vacila, cae; y solo da señales de vida por
el ronco estertor de su pecho y la convulsa ag-
itación de sus miembros.

Respira al cabo.—Siente en su corazón una
mano de hielo, y en sus labios una áspera bo-
ca que intenta darle calor. Alzanse lánguida-
mente sus párpados, y ve hincada ante él una
muger—la madre de Teyolia.

—„¿Te lanza la muerte por darme tormento?
Ahuyéntate sombra, y déjame en paz.”
—„Espera, monarca, espera un momento.”
Y horrible sonrisa contrajo su faz
—„¿Que quieres?”—„Levántate.”—„¿Qué quieres?”—„Escucha.”
—„¿Prestáronte acaso los dioses poder?”
—„¿Qué siente tu pecho?”—„Ardor, pena mucha.”
La vieja sonrie.—„Maldita muger!”

PASO CUARTO.

PANORAMA.

¡Ay del pueblo! . . .
Pesado.

„Monarca, ¿cual fué tu destino al venir al
mundo? . . . ¿Gozar?—¿Cual fué el destino
de tu pueblo? . . . ¿Padecer?—Y los montes,
los campos, el sol, la naturaleza toda ¿ha sido
creada para tí? ¿nada para los demas?—Encer-
rado tú en tu palacio, cercado de mugeres her-
mosas, de esclavos, de opulencia, pensabas so-
lo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba
las mieses con su sudor y se arrastraba en la

miseria. Tú los oprimias, tú regabas la tierra
con su sangre, tú eras sordo á su dolor, sordo
á su mendicidad; y los hombres eran insectos
que hollabas bajo tus pies, y tú no te curabas
dello.—Un monarca es un padre de familia,
si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán:
si no sus hijos, el cielo!—Tu hora llegó—aguár-
dante ya desesperacion y muerte.—Fuiste roca
á los gemidos de tu pueblo: tus gemidos se per-
derán en el viento;—fuiste insensible á su llan-
to: tu llanto correrá, y correrá en vano;—enca-
denaste á tus subditos: pesadas cadenas ceñirán
tus pies;—arrebataste sus hijas: verás las tu-
yas en extraño poder;—humillaste los hombres:
te arrastrarás ante un aventurero;—derramas-
te inocente sangre: tu sangre será hollada en
tu palacio mismo, y tu cadáver rodará polvo-
roso por los salones que te han visto en brazos
del deleite.—He aquí tu nuevo destino.—Tu hora
llegó—aguárdante ya desesperacion y muerte.”

El rey queria hablar, implorar perdon, arro-
dillarse, mas no podia.—Su sangre estaba sus-
pendida, su cabeza era un alterado mar.

—„Mira,” le dice la muger.
El monarca abre los ojos; y sorprendido ve
que se halla, en la pendiente de una árida mon-
taña; áridas montañas le cercan: ni animales,
ni plantas crecen en aquel ingrato suelo; el
viento gime en las grietas de las rocas; de cuan-
do en cuando resuena el eco de un peñon que
se derrumba, cual si fuera el martillo de la
muerte que marca los instantes de la existencia;
los rayos frios de un sol moribundo alumbran
oblicuamente aquel lugar de maldicion. A los
pies del monarca está un abismo profundo, en
cuyas paredes chorrea sangre negra que forma
una pesada laguna, cuyas orillas están cubier-
tas: de huesos humanos, sobre ellos se arras-
tra un águila herida y sedienta: apaga su sed
en la sangre—en horribles convulsiones espira
—una ola la arrebató, y la lleva rodando por la
superficie del lago, y la sumerge.—

La vieja rie; tiembla el monarca, y aparta la
vista á otro lugar.

Un valle—amarillentas colinas le cercan, os-
curos lagos, tronchados árboles.—El viento gi-
me con horrible monotonia; los rayos del sol
se pierden en un amarillo cielo; una sola nube
revolotea en el viento, como un buitre que se
arroja sobre su presa.—El pueblo corre espan-
tado—los esposos abandonan á sus esposas, los
adultos á sus ancianos padres, las madres á sus
hijos.—Todo es confusion, gemidos, deses-
peracion. . . Encima de un pelado cerro re-

tumba el estallido de un trueno, y luego lasti-
ma los oidos un zumbido extraño y desapacible
como el chirrido de muchas aves nocturnas. . .
Mugeres, ancianos y niños caen como heridos
del rayo.—Y luego aparecen singulares gentes
sobre animales fogosos y veloces; y estas gen-
tes se lanzan sobre el pueblo; y el brillo de sus
espadas se convierte á poco en rojo color. Y
los animales pisan á los hombres aun no muer-
tos, y á su peso las carnes y los huesos crujen
deshechos con extraño rumor. . . Una de aque-
llas gentes trae por única arma un madero—es
la imágen del suplicio en que pereció un hom-
bre que trajo al mundo la caridad y la libertad
—ahora es enseña de destruccion y de ma-
tanza. . .

A tal espectáculo, la lágrima del infeliz que-
mó por vez primera el semblante de Moctezu-
ma. El rostro de la vieja misma cubrióse de
finieblas; y á su pesar, sus ojos cerráronse hor-
rorizados.

Es la noche.—Por entre las roturas de una
nube, despide la luna rayos de pálida luz—el
campo está cubierto de cadáveres y huesos hu-
manos—óyese el ruido del viento, que chifla en
las cavidades de los cráneos, y el aleteo de ne-
gras aves que saltan de cadáver en cadáver y
tiran con sus afilados picos de las corrias car-
nes. A lo lejos sállozos y suspiros, en los aires
las siniestras risadas de los espíritus del mal
Las alas inmensas de la muerte arrojan al
agitarse, aires impuros y contagiosos. La pes-
te se pasea regocijada dejando caer al suelo go-
tas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retum-
ba un bramido, como el de muchas aguas en
furor. . .

Por otra parte descúbrese un salon ilumina-
do: en él muchos hombres en espléndido ban-
quete. El ruido de las copas se mezcla á las
canciones de impureza. Un hombre de vesti-
do talar entona un himno sagrado, y aquellos
hombres sacrilegos responden en coros de im-
piedad. Las hijas del emperador sirven aque-
lla cena de escándalo, y sufren sollozando los
brutales insultos de los mas audaces. . .

. . . El monarca no soporta mas—cae como
peñon que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran. . .
Está en su trono sentado,
de muchos hombres cercado,
que confundidos le miran.
Uno de ellos se adelanta,
y se postra ante su planta,

y con una voz que espanta
temblando comienza á hablar.
—,En castillos colosales
unos seres inmortales,

sobre estraños animales,
lanzó á nuestra costa el mar". . . .

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

DON SEBASTIAN DE TOLEDO,

Marqués de Mendoza. Vigésimoquinto virey de la Nueva-España. Desde 1664 hasta 1673.



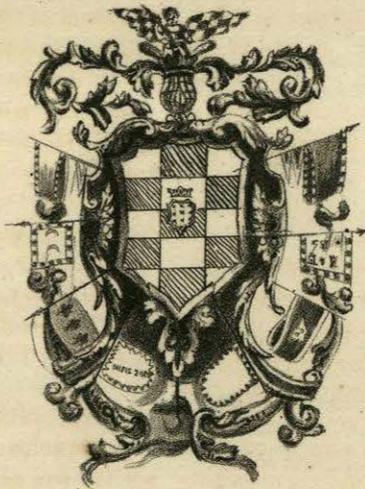
1664.--1665.

POCO tiempo como hemos visto residió el cargo vireinal en D. Diego Osorio que lo dejó al marqués de Mancera luego á su entrada en México el 15 de Octubre de 664. La Nueva-España disfrutaba de una completa paz, que si era turbada, apenas se resentía la capital y las provincias inmediatas de los débiles trastornos que algunos accidentes causaban en las regiones mas distantes. La Florida y el Canadá, eran y habian sido hacia ya mucho tiempo el teatro de la guerra. Habíase apoderado de la Isla de Sta. Catalina, un pirata inglés llamado Juan Morgan, y tenia amedrentados á los habitantes de los países vecinos: en la Virginia se hallaba establecida una compañía de mercaderes á la cual pidió viveres y auxilios Morgan; mas un acontecimiento imprevisto vino á privarle del socorro que esperaba. Es el caso, que el Canadá, propiedad de una empresa tambien de mercaderes, determinó Luis XIV soberano reinante en Francia, ponerlo á las órdenes inmediatas de un gobernador, y confió este cargo al marqués de Traci, hombre activo que inmediatamente se puso en camino, y en cuanto llegó dispuso sus tropas y

marchó con ellas á poner en total seguridad los lugares inmediatos. No habia transcurrido un año cuando desembarcó en las costas de la Florida en el de 1665, el corsario inglés Desvis que hallando aquello indefenso lo saqueó cometiendo todo género de violencias.

Por esta época aconteció una famosa erupcion del Popocatepetl que puso en gran conflicto á los mexicanos, como que por el espacio de cuatro dias estuvo vomitando piedras: entonces fué cuando reventó.

1666.—1667.—En el transcurso del año entero de 665 y en parte del 66, el marqués de Traci hizo sentir á los iroqueses la fuerza de su poder y los felices resultados de sus sabias y bien combinadas disposiciones en el arte de la guerra. Hizoselas fuerte, y cansados y perseguidos en fin, sin esperanza de obtener victoria ni de conservar su libertad salvage, reunidos con todas las naciones errantes, solicitaron la paz por medio de unos enviados que fueron muy bien recibidos y tratados con buena distincion por el gobernador del Canadá marqués de Traci. Estos son los acontecimientos mas importantes de la América que en estos años llamaron la aten-



D. SEBASTIAN DE TOLEDO.

25 Virey de la Nueva Esp.^a